

EL DISCURSO ANTRÓPICO: HACIA UNA HERMENÉUTICA DEL TEXTO LITERARIO

La obra literaria se realiza en la comunicación antrópica, aun cuando el péndulo de la crítica académica haya pasado en las últimas décadas del énfasis en un sentido bancario de la misma a la negación de todo intento de significar.

El lenguaje del escritor, como el de cualquier artista, surge siempre en tensión en el seno de una lengua; es decir, de una estructura externa convencional de signos que lo aprisiona, que en cierto modo lo determina, pero a la que también supera y modifica por el solo hecho de contextualizar en ella una práctica creadora. Todo acto de escribir supone, además, un proceso de codificación de un pensamiento: se trata de expresar, exteriorizar, pronunciar una idea a través de un sistema externo, aun cuando convencional y por ello dinámico, de signos, pero que en sí mismos, a su vez, son incapaces de significar en el sentido de dicha estructura, cuando ésta se enjuicia desde un centro externo a ella, pues sólo inician un proceso (teóricamente indefinido) de diferir el acto de significar en una cadena interminable. Tal es la deconstrucción posmoderna del discurso narrativo de la modernidad: Cada significante, se dice, parece ser a la vez significado de otro significante en una sucesión repetitiva/circular que se convierte en un fin en sí misma y que nos impide/pospone el llegar al significante original, con lo que la búsqueda se convierte en un juego intelectual, eso sí, dialógico, pero que se niega a sí mismo valor cognoscitivo. Nuestra experiencia, sin embargo, atestigua la existencia del diálogo y, por tanto, la posibilidad de significar en un discurso antrópico.

La falacia del discurso posmoderno se encuentra en la pérdida de lo humano que lleva implícito, en el no querer reconocer la inherente antropocidad de todo discurso axiológico. A fuerza de diferir y diferenciar en un progresivo intento de precisión, pero siempre a través de un centro gobernante estático,

se vela el objeto de la búsqueda. El proceso es, en verdad, ilimitado en el sentido del discurso de la modernidad que repudia su propia contextualización, pero no lo es porque no llegue a alcanzar el primer «significante», resabio metafísico que atrapa al discurso de la modernidad, sino porque lo humano, en lugar de ser un algo hecho, es un estar siendo. El ser humano no puede definirse —en el sentido de una estructura unívoca— precisamente por serlo. Este «definirse», que buscaba el discurso de la modernidad y que se problematiza en la transición posmoderna, requería un observarse fuera de sí mismo y por tanto dejar de ser. El estar siendo es lo que causa en el proceso deconstructivo posmoderno la serie indefinida de significantes/significados que, por supuesto, dentro del discurso axiológico de la modernidad se prolongará tanto como el ser humano mismo.

El significativo original, el primario, el raíz, del cual derivan todos los demás, en la complejidad significativo/significado, es lo humano, cuya esencialidad, de la cual todos participamos y que fundamenta la posibilidad dialógica, al mismo tiempo que así se reafirma, se pospone en la propia dinamicidad de su antropismo. Es decir, se reafirma en cuanto a su implicación como posibilidad de significado en un sentido antrópico y se difiere en cuanto a la imposibilidad de una definición externa a ella misma, de poder quedar enmarcado en una estructura con un centro dominante estático que significaría su perfectividad, o sea, la paradoja de verse hecho desde un estar siendo. Implicamos, por tanto, al ser humano como referente original y necesario; y con ello problematizamos la negatividad del pensamiento posmoderno y hacemos posible un discurso cognoscitivo, esta vez en una dimensión antrópica, que supera el diálogo bancario de la modernidad, pues establece su legitimidad en un referente interno y dinámico, aunque eso sí, siempre constreñido por la ineludible contextualización de todo discurso. Es decir, la complejidad significativo/significado deja de ser un fin en sí misma para convertirse en un método problematizador que fecunda el diálogo al nivel antrópico. En nuestra condición de seres humanos todos participamos, pues, de ese primer referente, en el sentido de una contextualización matriz que posibilita la codificación de un discurso que a su vez nos confiere acceso a una primera dimensión en el acto de significar.

Pero coloquemos estas afirmaciones en perspectiva a través de un doble desarrollo: en la primera parte, mediante una reflexión sobre la estructura de la modernidad que nos permita superar la fase negativa de la reacción deconstructiva de la posmodernidad; en la segunda parte trataremos de fundamentar una nueva aproximación al texto literario de acuerdo con una estructura dinámica previamente establecida y que corresponda a la ineludible antropocidad del discurso axiológico que surge del derrumbe de las estructuras de la modernidad.

I. HACIA UN ANTROPISMO

La problematización (deconstrucción) de la modernidad, que ha caracterizado hasta ahora al discurso posmoderno (discurso de transición) siempre se ha hecho desde un «centro» estático (transcendente a su propia contextualización), ya sea interno o externo a la estructura que problematiza o deconstruye, aun cuando fueran precisamente las implicaciones de dicho centro el origen del cuestionar. Tal es el caso del discurso de Derrida y tal es la razón de sus limitaciones: deconstruye la modernidad, pero lo hace desde la misma modernidad. Es decir, desde una estructura también estática, aun cuando su peculiaridad sea la de fundamentarse en un centro externo a la estructura que deconstruye; ello le permite resaltar lo convencional, lo efímero, de cualquier discurso axiológico, a la vez que persiste en la validez, en la universalidad, de su propio discurso, ya que su cuestionamiento no afecta al centro mismo que lo sostiene.

Pero antes de proceder con nuestro desarrollo se hace necesario deslindar dos términos que venimos usando y que la crítica hispánica actual utiliza impropriadamente como sinónimos; parte de la intención de estas consideraciones teóricas es, justamente, la de amojonar nuestro camino reflexivo con una terminología más puntual. Me refiero ahora a los términos «deconstrucción» y «problematización»; el primero nos llega del inglés aun cuando lo generalizara Derrida, el segundo proviene del pensamiento iberoamericano de la liberación. El proceso deconstructivo asume un centro inmóvil, semejante al de la modernidad, pero externo a la estructura que «deconstruye». La «problematización» sugiere un cuestionamiento reflexivo interno a la estructura, pero considerada ésta como contextualización convencional y por lo tanto dinámica. La «deconstrucción» es proyección de un logocentrismo «excéntrico», como dijimos, a la estructura que «deconstruye» y, por ello, pospone el acto de significar. La «problematización» parte de un antropismo filosófico que libera al acto de significar del constreñimiento que imponía la rigidez estática del discurso de la modernidad; significar es, en el discurso antrópico, un acto de contextualizar en la dinamicidad de un estar siendo.

La modernidad, pues, se ordena a través de un centro incuestionable, que se erige en paradigma de todo acto de significar y que se proyecta en imposición logocentrista: la verdad como algo transferible. Se prescinde, por tanto, al dar cuenta de la realidad de la inevitable condificación convencional y dinámica del discurso antrópico, y se puede así hablar de «proponer la verdad», como señala Feijoo en su *Teatro crítico universal*, para añadir luego: «Doy el nombre de *errores* a todas las opiniones que contradigo» (101-102)¹. El error y la verdad en el discurso de la modernidad es algo tangible e independiente del sujeto conocedor, o sea, indiferente a su contextualización. Tal es la posición

1 Benito Jerónimo Feijoo, *Teatro crítico universal* (Madrid: Castalia: 1986). Las citas que siguen pertenecen a esta edición.

logocéntrica de Feijoo, por ejemplo, y su ensayo «El no sé qué», un modelo claro y explícito del funcionar de dicho discurso. El método cartesiano —el análisis de «el qué de los objetos simples, y el por qué de simples y compuestos»— proporciona a Feijoo la vía inquisitiva en el proceso de apartar una a una las capas de «ignorancia» que mantienen velada la «verdad», para luego afirmar categóricamente su presencia autónoma en el discurso de la modernidad: «Si yo oyese esa misma voz, te diría a punto fijo en qué está esa gracia que tú llamas oculta» (384).

La posmodernidad es la duda de la modernidad, es la perplejidad ante el descubrimiento de lo fatuo y quimérico de suponer la existencia de un centro unívoco que se proyecte como referente de toda significación; es decir, como modelo de significación. Se inicia así, es verdad, una problematización antrópica del centro, pero en la proyección posmoderna se da énfasis únicamente a la deconstrucción de los pretendidos códigos de significación, sin referencia al concepto mismo de «centro» que los determina; o sea, el blanco del proceso es la estructura, la narratividad del discurso de la modernidad, que ahora, sin el apoyo del centro transcendente que en un principio la hizo posible, se convierte en fácil blanco de una implacable crítica deconstruccionista proyectada en una orgía destructiva. En casos extremos, esta «posmodernidad» se convierte en un juego confuso de nuevos términos para referirse únicamente a la forma como una generación reacciona ante el legado de la anterior. Así se expresa Lyotard: «Una obra sólo llega a ser moderna si es primero posmoderna. Comprendida de este modo, la posmodernidad no implica el fin de la modernidad sino su inicio, y esta relación es constante»².

Lo más frecuente, sin embargo, es que se confundan los términos de modernidad y posmodernidad en la perplejidad que sentimos ante las transformaciones radicales que en nuestros días se aceleran a través de los medios electrónicos de información. Así, cuando nos habla Octavio Paz, empeñado él mismo en una deconstrucción personal de la modernidad, de que «el tiempo comenzó a fracturarse más y más»³, se refiere con ello a la rapidez con que en la actualidad se construyen y deconstruyen las estructuras de la modernidad que todavía fundamentan nuestras instituciones sociales. La acción deconstruccionista de la modernidad produce, en efecto, esa ilusoria impresión de una «fracturación del tiempo», sin que se repare en la contradicción que los mismos términos implican. Por lo demás, el desconcierto a que hace referencia Octavio Paz es bien real: «Por primera vez en la historia los hombres viven en una suerte de

2 «A work can become modern only if it is first postmodern. Postmodernism thus understood is not modernism at its end but in the nascent state, and this state is constant», Jean-François Lyotard, 'Answering the Question: What is Postmodernism?', from I. Hassan and S. Hassan, Eds., *Innovation/Renovation* (Madison: University of Wisconsin Press, 1983), pp. 238-239.

3 Octavio Paz, 'La búsqueda del presente', *Inti. Revista de Literatura Hispánica* 32-33 (1990): 3-12. Se trata de su discurso ante la Academia Sueca. Las citas que siguen provienen de este texto.

intemperie espiritual y no, como antes, a la sombra de esos sistemas religiosos y políticos que, simultáneamente, nos oprimían y nos consolaban. Las sociedades son históricas, pero todas han vivido guiadas e inspiradas por un conjunto de creencias e ideas metahistóricas» (10). Lo que Paz califica de creencias «metahistóricas» son las estructuras de la modernidad que todavía nos gobiernan. La problemática actual es que el centro que las justifica, antes íntimamente unido a los lentos y predecibles esquemas generacionales, es ahora inestable; o sea, parecen surgir incesantemente centros que originan nuevas estructuras desde las que se deconstruyen las reglas prevalecientes de los anteriores. Anclado en la modernidad, Paz duda ahora incluso de su realidad: «¿Qué es la modernidad? Ante todo, es un término equívoco: hay tantas modernidades como sociedades [es decir, tantas estructuras regidas por centros estáticos diferentes como sociedades]. Cada una tiene la suya. su significado es incierto y arbitrario» (7). Y afirma más adelante: «En los últimos años se ha pretendido exorcizarla y se habla mucho de *epostmodernidad*. ¿Pero qué es la *postmodernidad* sino una modernidad aún más moderna?» (7). Pero el proceso de destructivo con que se cuestiona la modernidad no es caprichoso. Aunque no desarrollaremos este aspecto hasta más adelante, conviene ya anotar desde ahora, que el fenómeno actual proviene de una aceleración del proceso de contextualización que nos presenta en movimiento lo antes percibido como estático. Todo intento de comunicación supuso siempre una contextualización en estructuras convencionales. Hoy se acelera la transformación de dichas estructuras de tal modo que, anclados todavía en la comunicación bancaria de la modernidad, «metahistórica» diría Paz, nos encontramos desconcertados en cuanto a los códigos que debemos aplicar en nuestra comunicación. Las estructuras de la modernidad fueron eficaces cuando todavía se podían asimilar las inevitables transformaciones y, por tanto, se partía de un consenso general en el código que determinaba todo proceso de contextualización. En la actualidad se impone la dimensión antrópica que antes parecía inconsecuente. La decodificación se desplaza de un centro inmóvil a uno dinámico: la antropocidad de todo discurso se traslada a un primer plano.

La popularidad del discurso destructivo en el que está ahora embarcada nuestra sociedad —la crítica literaria es apenas una manifestación académica— se asienta, precisamente, en que por primera vez se le entrega al individuo una herramienta que le permite sentirse superior en la negatividad implícita en toda aproximación destructiva. Me explicaré. En el momento presente de globalización de las estructuras sociales, políticas, económicas, educativas, etc., de instantáneo acceso a los sucesos globales, se diluye hasta desaparecer la ilusión de significar desde un centro unívoco. Es decir, antes de haber tenido tiempo de problematizar la modernidad en su totalidad, o sea, en cuanto un discurso, en cuanto una estructura que se proyecta como independiente de su antropocidad y que erige su logocentrismo como referente de toda conceptualización de la realidad, destruimos el centro como punto de referencia unívoco, para luego entrar a saco con la estructura misma. Destruir el «centro» no significa, en esta

primera etapa deconstructiva, liberarse de él en cuanto a su imposición logocentrista. Al contrario, en lugar de problematizar la «estructura» por ignorar su antropocidad, por pretender que su realidad sea independiente de una contextualización en esquemas convencionales, se la critica, se cuestiona su validez, pero se hace a través de un centro externo a ella (así el caso de Lyotard en la cita anterior). Por supuesto, la exterioridad del centro no se debe a una superación de la conceptualización estática de la modernidad; en la faceta del proceso deconstructivo se trata de nuevo de una posición logocentrista, pues su discurso pretende otra vez significar desde un centro dominante a la vez que indiferente e independiente de su propia narratividad; o sea, desde el nuevo centro se deconstruye todo aquello que cae fuera de su ámbito de dominio. Se trata, naturalmente, de una maniobra paradójica mediante la cual se niega la posibilidad de proyectar significado al mismo tiempo que se reafirma el acto mismo de significar, aun cuando sea en su dimensión negativa de rechazar su propia contingencia.

El resultado de este proceso deconstructivo, quizás necesario como primer paso para lograr una toma de conciencia de la artificiosidad del discurso de la modernidad, será siempre en sí mismo confuso, negativo, mientras no se dé un paso más. Lo fundamental del discurso de la modernidad, lo que la posmodernidad pone en entredicho, no es la estructura del discurso, pues, como hemos ya señalado, todo intento de comunicación supone una contextualización en estructuras convencionales, lo que ahora se rechaza es la imposición logocentrista de la modernidad. Es preciso liberarse de ese centro estático que basa su postura regidora de significado en la pretensión de trascender toda contextualización, y es necesario problematizar su existencia para comprender lo que en verdad significa el nuevo pensar, el antropismo que comienza a definir el discurso de la humanidad. Hagamos uso de una analogía para establecer así un primer punto de apoyo que nos facilite avanzar en nuestro desarrollo. En una primera aproximación podríamos decir que la duda posmoderna, su insistencia deconstructiva, proyecta hacia un discurso antrópico que problematiza y supera el discurso de la modernidad en el mismo sentido que el discurso científico de Einstein problematiza y supera el discurso científico de Galileo y Newton. Pero recordemos que lo fundamental de la teoría de la relatividad no es el haber anulado un centro, ni siquiera el haberlo desplazado, sino el haberlo trasladado a una nueva dimensión: de una exterioridad estática a una interioridad dinámica. Algo semejante es lo que se pretende al reconocer la antropocidad de todo discurso. No se trata, pues, de desplazar el centro: hacerlo personal y negar así la posibilidad de un discurso axiológico del estar; no se trata tampoco de anular el centro: hacer del intento de significar un ejercicio lúdico, camino a que conduce la institucionalización del proceso deconstructivo de la duda que implica la posmodernidad. Se trata, justamente, de trasladar el centro a una dimensión antrópica, que haga posible forjar una nueva narrativa dependiente ahora de una interioridad dinámica.

Si oponemos, pues, el concepto de la antropocidad al de la modernidad es porque con ello implicamos algo diferente, que en términos de la analogía ante-

rior podemos por ahora expresar como el paso a una nueva «dimensión». Y con el término «nueva-dimensión» queremos señalar, en efecto, que el centro que fundamenta el nuevo discurso es de un signo radicalmente diferente al que caracterizó el discurso de la modernidad. En todo caso, hablamos desde el comienzo de un «centro», pues el discurso antrópico, como cualquier otro discurso, que por ello mismo implica ya una contextualización en una estructura convencional, posee un centro que lo fundamenta; y es precisamente a través de la comprensión del antropismo de dicho centro como llegaremos a formular su discurso.

Antes de avanzar más en el desarrollo de estas reflexiones conviene puntualizar dos términos de uso frecuente en la crítica actual, pero que sin un análisis más preciso corren el peligro de hacerse inoperantes. Me refiero al uso de los adjetivos «interior» y «exterior» cuando hablamos de un centro. Es obvio que en una primera aproximación, el concepto de centro es sinónimo de punto interior equidistante. En este sentido todo centro es forzosamente interior. Cuando hablamos de un centro externo a una estructura, hacemos uso de un proceso elíptico mediante el cual se da por sobreentendido que se trata del centro de una estructura que no corresponde a la primera, pero desde la cual ésta es juzgada. Precisados de este modo, ambos términos han sido usados para hacer referencia al discurso de la modernidad y para proyectar la duda deconstruccionista de la posmodernidad. Este primer nivel de conceptualización es, sin embargo, insuficiente, pues con ello se hace referencia tanto al centro que una vez constituido reniega de su origen en la contextualización de un discurso axiológico del estar, como a aquel otro centro que se reconoce en su dimensión antrópica. En el primer caso, el del centro que se comporta como si hubiera trascendido su ineludible contextualización en un discurso axiológico del estar, podríamos hablar con propiedad de un «centro externo», en cuanto se impone como independiente de toda narratividad. Tal es el fundamento y a la vez prisión metafísica de la modernidad, que hoy se pone en entredicho en este proceso de transición que denominamos posmodernidad. En el segundo caso, el del centro que se constituye en su dimensión antrópica, es un centro dinámico que se reconoce como tal únicamente en el discurso axiológico del ser, aun cuando éste sólo pueda formularse en el contexto de un discurso axiológico del estar. Este centro de carácter antrópico, que podríamos denominar «interno», funciona de un modo diametralmente opuesto al de la modernidad: El centro del discurso de la modernidad es un centro dominante que establece el paradigma que hace posible una verdad transcendental: no ofrece lazos de reflexión, sino proyecta una verdad bancaria. El centro del discurso antrópico es un centro reflexivo, que se reconoce en su dinamicidad; o sea, es un centro dialógico que proviene y a la vez posibilita la contextualización necesaria en todo acto de comunicación; pero como centro rige únicamente en el devenir del discurso axiológico del ser. Basten estas reflexiones para establecer una primera precisión de estos conceptos que iremos desarrollando en las páginas que siguen.

El mismo discurso de la modernidad, que se caracteriza en un principio por el discurso de la razón teórica y que después encuentra apoyo en la razón

científica, no se ha mantenido inmutable. Ha sido, muy al contrario, un proceso dinámico en cuanto a problematizador de su propia realidad, así la razón vital orteguiana, que al llegar en nuestros días a sus últimas consecuencias, permite ahora la radicalización de su mismo cuestionar. Y es precisamente a través de esta radicalización del cuestionar cómo el discurso de la modernidad se libera a sí mismo, al asumir su realidad antrópica.

Pero antes de considerar el proceso de dicha problematización, regresemos de nuevo a nuestra posición fundamental que consiste en conceptuar el discurso de la modernidad como una estructura que consigue su narratividad a través de un centro que se autodefine como independiente; es decir, se presenta como ajeno a su propia contextualización, pues borra las huellas de su origen y así trasciende convenientemente la temporalización y las fronteras espaciales, que harían imposible establecer paradigmas de verdad. Ello permite que la estructura de la modernidad, en un momento dado, se pueda problematizar mientras se mantiene el valor unívoco del centro que posibilita el acto de significar; es decir, el concepto, la «estructura» de la verdad puede cambiar, y así a sucedido a lo largo de la historia humana, pero en ningún momento se cuestiona, en el discurso de la modernidad, la existencia del centro como algo inmutable, como algo independiente, o sea, la posibilidad de pronunciar la verdad. Ejemplifiquemos las implicaciones que ello conlleva a través de la problematización del concepto de «Hombre» que desarrolla el filósofo mexicano Leopoldo Zea. Desde el umbral de la modernidad, nos dice Zea, al descubrir Europa el continente americano y «tropezar con otros entes que parecían ser hombres, exigió a éstos que justificasen su supuesta humanidad. Esto es, puso en tela de juicio la posibilidad de tal justificación si la misma no iba acompañada de pruebas de que no sólo eran semejantes sino reproducciones, calcas, reflejos de lo que el europeo consideraba como humano por excelencia»⁴. Es decir, el europeo había forjado el discurso de su humanidad reconstruyendo y contextualizando en él una imagen de sí mismo, como en realidad correspondía al referente necesario que fundamentaba su quehacer. Pero el discurso que desplegaba desde su modernidad correspondía a una estructura que proyectaba su «centro» fuera de su propia contextualización, lo concebía transcendente; o sea, que no adquiriría conciencia de que la «humanidad» que desplegaba era una imagen de su humanidad y no la esencialidad de la «Humanidad». Instalado así el europeo en la «Humanidad», toda diferencia era una negación de dicha «Humanidad»: tal el caso de los habitantes «descubiertos» en el nuevo continente. Al eximir el europeo al centro que gobernaba el discurso axiológico de su estar de la contingencia circunstancial que lo originó, le concedía una autonomía que borraba, que transcendía su origen en una contextualización concreta en un espacio y en un tiem-

4 Leopoldo Zea, *La filosofía americana como filosofía sin más* (México: Siglo XXI, 1969), p. 13. Leopoldo Zea se refiere a la polémica entre el Padre Las Casas y Sepúlveda sobre la naturaleza del habitante recién descubierto en el continente americano.

po también europeos. Este discurso de la modernidad europea permitía construir una narrativa artificiosa, pero que se erigía como paradigma de toda narrativa, lo que implicaba, por supuesto, negar la realidad del «otro».

El proceso de problematización que hizo posible el paso de la «estructura de la ilustración» a la «estructura del romanticismo», puede servirnos para comprender la complejidad de la etapa deconstructiva de nuestro momento actual. La problematización de la ilustración se inicia en su mismo seno en un constante anuncio del romanticismo, pero mientras la problematización misma se asentaba en la «estructura» de la ilustración, se negaba a sí misma llegar a una comprensión de lo que el romanticismo aportaba. La analogía con nuestro momento de transición posmoderna es apropiada, pues el proceso de deconstrucción en el que nos hallamos instalados cuestiona igualmente la modernidad desde la misma modernidad. Así podemos interpretar el ensayo de Feijoo «El no sé qué», y su reflexión sobre el concepto de la «ignorancia» implícito en dicha expresión. Feijoo inicia su problematización desde el discurso racionalista de la modernidad, para demostrar que sólo «por ignorancia o falta de penetración se aplica el *no sé qué*». Su proceso deconstructivo, sin embargo, le conduce, a pesar suyo, a problematizar su propio discurso racionalista al reconocer que «hay un cierto *no sé qué* propio de nuestra especie», que él hace depender del «genio, imaginación y conocimiento del que lo percibe». Pero como el «centro» del discurso de Feijoo se halla instalado en la ilustración, no llega a penetrar en el nuevo orden: la «estructura romántica» que apuntaba su proceso deconstructivo. Ve los límites de la razón, pero lo hace desde la razón misma que le imposibilitaba reconocer, por ejemplo, la función de las emociones, de lo irracional en el quehacer humano. No percibe, en otras palabras, y haciendo uso del lenguaje metafórico que caracteriza a ambos momentos, que del orden mecánico del reloj se estaba pasando al orden orgánico del árbol: del orden impuesto desde afuera (desde un centro que trasciende su contextualización), a un orden que se construye desde adentro. Es precisamente esta noción romántica la que se radicaliza ahora y al hacerlo entra en crisis y da paso al período de transición que denominamos discurso de la posmodernidad. Se trata ahora de eliminar el último soporte que le queda a la razón de la ilustración: lo ilusorio de pretender la existencia de un referente que trascienda su origen en la contextualización de un discurso axiológico para erigirse como paradigma de significación que permita el apoyo en los universales.

En efecto, en la actualidad el referente transcendental se quiebra, se deconstruye; pero cuando Derrida, por ejemplo, problematiza la posibilidad de una estructura fundamentada por un centro que trascienda su contextualización, lo hace él mismo desde un referente externo, igualmente trascendente aun cuando pertenezca a un nuevo discurso axiológico, por lo que, al mismo tiempo que posibilita su proceso deconstructivo, difiere el acto de significar: el apoyo externo (el «centro» que permite su concepción) es también el blanco de su cuestionar, pues el mismo método deconstructivo que se aplicó a la primera estructura, se emplea ahora con la segunda desde una tercera, y así en cadena

indefinida. Por ello, al mismo tiempo que Derrida posibilita la problematización, suspende el acto de significar al colocarlo bajo tachadura desde un nuevo centro, igualmente externo e igualmente transcendente, que en proyección indefinida será a su vez de nuevo problematizado. Destruye así la posibilidad de significar en el sentido del discurso de la modernidad, al demostrar lo arbitrario de las estructuras que dependen de un centro unívoco y transcendente a su original contextualización; pero no llega él mismo a superar la etapa deconstructiva, cuyas raíces se encuentran todavía en el discurso de la modernidad: «La ausencia de un significante transcendental proyecta/postpone el espacio y el acto de significar *ad infinitum*»⁵. Derrida defiende igualmente su radical poner en suspenso la posibilidad de una estructura: «... pero no veo por qué yo deba renunciar o nadie deba renunciar a la radicalidad de un trabajo crítico bajo el pretexto de que con ello ponga en riesgo la esterilización de la ciencia, de la humanidad, del progreso, del origen del significado, etc. Yo creo que el riesgo de esterilidad y de esterilización ha sido siempre el precio de la lucidez»⁶.

Este paso deconstructivo a la Derrida, que caracteriza el proceso de transición de la posmodernidad, ha hecho de la «estructura», cualquier estructura, el blanco de su inseguridad; al desconocer el «centro» que la posibilitaba, o mejor dicho, al contextualizar el centro en su propia estructura, se la ve tambalearse como paradigma de significado y nos regodeamos, con visión provinciana, de que no dé la medida. Por supuesto, se trata de nuevo de «la medida», es decir, una implicación de significar en un sentido transcendente, que ahora se hace coincidir con «mi» medida. En cualquier caso, se sigue deconstruyendo la estructura no sólo desde un «centro» externo a ella misma, sino que se hace todavía desde un centro que trasciende la contextualización de la estructura que rige y desde la cual, como punto de referencia, se fundamenta el acto deconstructivo. El paso que se hace ahora necesario es precisamente el de abandonar la pretensión de un centro transcendente, y por lo tanto externo (en los dos sentidos ya mencionados), estático y unívoco, que rijan la posibilidad de una estructura con significado fuera de su propia contextualización, de la creación de una narrativa igualmente transcendente. Se impone, con otras palabras, reconocer la antropocidad del devenir humano, desarrollar las estructuras de nuestro discurso axiológico en su dimensión antrópica e instalar como encuentro dialógico un significar igualmente antrópico, único capaz de caracterizar al discurso humano.

5 «The absence of the transcendental signified extends the domain and the interplay of signification *ad infinitum*». Jacques Derrida, 'Structure, Sign, and Play in the Discourse of the Human Sciences', Richard Macksey and Eugenio Donato, Eds., *The Languages of Criticism and the Sciences of Man* (Baltimore: John Hopkins Press, 1970), p. 249.

6 «... but I don't see why I should renounce or why anyone should renounce the radicality of a critical work under the pretext that it risks the sterilization of science, humanity, progress, the origin of meaning, etc. I believe that the risk of sterility and of sterilization has always been the price of lucidity», p. 271.

La deconstrucción actual de la «estructura» de la modernidad a que dispone la inseguridad posmoderna no surge todavía, pues, de un intento de problematizar la legitimidad de un centro que trasciende su propia contextualización, sino de contextualizar un discurso en estructuras ajenas a las que en un principio lo originaron, es decir, de decodificarlo a través de un centro, igualmente transcendente, pero externo. En cualquier caso, el procedimiento deconstructivo posmoderno acelera, en efecto, el proceso de codificación (y decostrucción) de nuevas estructuras, pero con ello no se pone en «riesgo la esterilización de la ciencia, de la humanidad, del progreso ...», como cree Derrida, sino que al contrario se muestra cada vez con más énfasis la ineludible antropocidad de todo discurso axiológico. La modernidad ha pretendido reconciliar una narrativa fundamentada en principios estáticos con la realidad esencialmente dinámica del ser humano: se quiso encerrar un proceso histórico —el hombre en su estar siendo— con estructuras fundamentadas en centros que trascendían su contextualización y que eran presentados, por lo mismo, como inmóviles; tales estructuras de la modernidad surgen en un principio indiferentes al proceso histórico, aun cuando luego se vean ineludiblemente contextualizadas en él. La problematización deconstructiva que inicia el romanticismo hace ahora crisis. La posibilidad de significar desde un centro transcendente se pone radicalmente en entredicho. La dimensión del discurso antrópico que se busca, se encuentra ya implícita en el mismo proceso deconstructivo que caracteriza la crítica de nuestro momento. Sólo es necesario para ello un proceso inicial de abstracción para dar sentido al sin-sentido actual. Debemos abstraernos en el discurso antrópico (el discurso científico, como bancario, tiene implicaciones diferentes) del concepto de «centro» que aporta la modernidad, de todo centro como punto fijo, para colocar en primer plano la «estructura» misma. Pero antes de proceder con nuestra reflexión, regresemos de nuevo a la problemática que enfrentamos y hagámoslo esta vez desde la perplejidad de uno de los exponentes del pensamiento problematizador actual.

Jacques Lacan reconoce que «la idea de una unidad unificadora de la condición humana ha tenido siempre en [él] el efecto de una mentira escandalosa»⁷. Llega a esta conclusión por haber invalidado previamente, como Derrida, la posibilidad de una estructura fundamentada en un centro inmóvil e independiente de su propia contextualización. Pero es precisamente esta eliminación del centro lo que le deja perplejo: «La vida se desliza por el río, tocando de vez en cuando una orilla, deteniéndose por un momento acá y allá, pero sin comprender nada —y esto es lo fundamental del análisis, que nadie comprende

7 «The idea of the unifying unity of the human condition has always had on me the effect of a scandalous lie», Jacques Lacan, 'Of Structure as an Inmixing of an Otherness Prerequisite to Any Subject Whatever', Richard Macksey and Eugenio Donato, Eds., *The Languages of Criticism and the Sciences of Man* (Baltimore: John Hopkins Press, 1970), p. 190.

nada de lo que sucede—»⁸. Buen epítome de una situación: nos plantea la problemática y el problema y a la vez proporciona una analogía válida para nuestro enfoque. Lacan percibe el fluir de la vida, su dinamicidad, pero la ve pasar desde la orilla (desde múltiples centros inmóviles que se posicionan como si trascendieran su propia contextualización en la estructura) y se reconoce incapaz de fijarla: la imposibilidad de definir el río desde un punto al margen.

Asentados en la dimensión estática que proporcionan las estructuras del discurso de la modernidad, precisamente por estar fundamentado en un centro trascendente, se descubre la imposibilidad de comprender un principio dinámico en su dinamicidad. Toda realidad se convierte en el discurso de la modernidad en una «instantánea» de cámara fotográfica; es decir, en un rechazo de su esencialidad: su dinamicidad. Esta postura, quizás apropiada en la comunicación bancaria del discurso científico, resulta insuficiente en la comunicación antrópica, tanto en el discurso axiológico del ser como del estar. Se anula, se niega, en el discurso de la modernidad, la dimensión dinámica por creer que sólo se puede significar si se trasciende la contextualización del «código» que fundamenta toda posición logocéntrica. En eso consiste el anhelo de la modernidad: un ansia de poseer, de controlar, nuestra realidad encerrándola en una estructura estática; o sea, proponiendo una narrativa unívoca que nos confina a existir en esa «instantánea» de la que hablábamos antes, y con la que se construye, se fija, en el sentido de poder reproducir exactamente, el discurso de nuestra «humanidad».

El proceso deconstructivo de la posmodernidad no es algo original del siglo xx. Más bien es el contexto social, en su dimensión global, el que ahora nos impone la presencia del «otro», y acelera en nuestros días la problematización de los esquemas de la modernidad. La misma reacción del romanticismo ante la ilustración puede servirnos de nuevo para profundizar en la transformación que ahora implicamos; también parece apropiado el lenguaje metafórico asociado con ambos casos. Desde el orden estático de la razón asentada en los universales, la mente «racionalista» de la ilustración estableció un orden mecánico para explicar su mundo circundante (el ejemplo tradicional del reloj nos sirve todavía para explicar este proceso). La ruptura romántica supuso modificar el orden mecánico por el orden orgánico (el ejemplo del árbol nos sirve igualmente). En ambos casos, sin embargo, se establece como punto de referencia un centro trascendente, capaz de posibilitar la comprensión del devenir. Se da cabida al mundo de lo irracional o mejor de lo no-racional (la espontaneidad, los instintos, las emociones, el «no sé qué» feijooniano). Pero no se alcanzó entonces a dar el paso definitivo; se siguió valorando el centro como algo indiferente, independiente, del proceso contextualizador que lo hacía posible. En

8 «Life goes down the river, from time to time touching a bank, staying for a while here and there, without understanding anything and it is the principle of analysis that nobody understands anything of what happens», Jacques Lacan, p. 190.

lugar de profundizar en la estructura del nuevo discurso, que requería igualmente un centro antrópico, un centro dinámico, o sea, un centro sujeto a la continua transformación propia de la antropocidad de todo discurso axiológico, se impuso de nuevo el carácter de la exterioridad atemporal, en cuanto se creyó necesario trascender el dinamismo temporal de la contextualización del discurso antrópico. De ahí que el proceso que se siguió fuera inverso; se pretendió mecanizar, encajar en estructuras transcendentales fijas, aquellos elementos «no-racionales» que en un principio sirvieron de fundamento catalítico de la problematización.

Regresemos de nuevo a la anterior afirmación de Lyotard: «Una obra sólo llega a ser moderna si es primero posmoderna». Se hace en ella coincidir la duda posmoderna con el proceso deconstructivo y en el mejor de los casos con la reflexión problematizadora, pero con eso únicamente se apunta a la transformación del «discurso axiológico del estar» por la continua acción deconstructiva (problematizadora) a la que lo somete el «discurso axiológico del ser»; o sea, el proceso consciente de realizarse en los límites de la estructura de un discurso preestablecido, que al mismo tiempo que nos contextualiza, la toma de conciencia de dicha contextualización inicia el proceso deconstructivo de la misma (recordemos que todo intento de comunicación, de articular nuestra existencia, supone una contextualización en estructuras convencionales). Sin duda, la transformación del discurso axiológico del estar en un momento dado se radicaliza en la confrontación generacional. Pero en este caso lo que está sucediendo es un dislocamiento más profundo del «centro» en una determinada dirección; es decir, se está creando una nueva estructura que empieza a ser regida por un centro nuevamente proyectado fuera de su contextualización, y desde el cual se deconstruye, haciendo uso de un nuevo código de valores, aquellos esquemas que ya no pertenecen a la estructura naciente. Regresamos así de nuevo al concepto de «centro» que fundamenta el desarrollo que aquí planteamos.

Cuando antes nos referíamos a que la modernidad se caracteriza por hallarse instalada en un centro transcendente, el concepto de «transcendente» implica, naturalmente, el hecho de proyectarse fuera, de ser indiferente e independiente de su contextualización original, o sea, significa comportarse como fuente de significado de la misma estructura convencional que, paradójicamente, lo hace posible. En otras palabras, transcendente sólo en cuanto permite la ilusión de significar en un momento dado, en cuanto constantemente se erige como unívoco, como paradigma de significación. Lyotard, en su perplejidad posmoderna no pretende significar sino deconstruir la estructura implícita en todo discurso. Por ello su foco de atención no es el «centro» como fuente de significación, sino la contextualización del «discurso axiológico del ser», de naturaleza esencialmente deconstructiva, inmerso en el proceso dialéctico que aporta su historicidad. De ahí que vea surgir en dicho discurso axiológico del ser un pensamiento «posmoderno», cuyo proceso deconstructivo dará luego lugar a un «discurso axiológico del estar», o sea, en su terminología, a un nuevo discurso de la modernidad. Pero esto no nos explica el proceso en el que ahora esta-

mos embarcados. Lyotard analiza, con nueva terminología, el funcionar de la modernidad. De lo que se trata ahora es de reconocer la insoslayable antropocidad del discurso axiológico, de aproximarnos al ser humano a partir de una ruptura con el discurso opresor de la modernidad. Pretendemos superar el pesimismo que aporta la etapa deconstructiva: ese sentir de Lacan de que «nadie comprende nada de lo que sucede».

Al enfocar nuestra atención en cómo surge el «centro», problematizamos igualmente su concepción en un proceso que también deconstruye su univocidad. Se descubre entonces que la humanidad no ha ido ampliando el concepto de centro (posición omniabarcadora de la ilustración), sino que se ha seguido un proceso de dislocación, unas veces lenta, otras acelerada, pero que en todo caso da lugar no a un «centro» sino a una serie de centros, todos ellos tenidos en su momento como trascendentes. Es precisamente el reconocimiento de esta realidad, el que precipita la crisis actual. El discurso de la modernidad estaba asentado en el sentido unívoco, atemporal, del centro que fundamentaba su estructura y permitía la actitud logocentrista de proyectar una estructura concreta como paradigma de estructura. El descubrimiento de su realidad antrópica y por ello contextualizada, dinámica, inicia también su destrucción en la comunicación humanística.

Hagamos uso de nuevo de la analogía del río para profundizar en los parámetros que ahora pretendemos establecer. En una esquematización del proceso se podría decir que el discurso de la modernidad es aquel que fijo en un punto determinado de la orilla de un río pronuncia el «discurso» del río. La etapa de transición de lo que denominamos la posmodernidad es aquella que deconstruye la validez de «pronunciar» el río desde la perspectiva de uno sólo de sus puntos; es decir, se trata de una primera etapa en la que se descubre que la realidad del río es algo más; cada punto diferencia del anterior y por lo tanto se hace necesario posponer el acto totalizador de pronunciar el río. Pero este diferenciar y diferir se realiza a sí mismo en un proceso *ad infinitum*, como señalaba Derrida. De la etapa deconstructiva, se hace ahora necesario pasar a la construcción de un nuevo discurso, que tenga, naturalmente, en cuenta, como hubiera dicho Ortega y Gasset, que ya no podemos regresar al esquema de la modernidad precisamente porque ya estuvimos en él. La nueva dimensión a la que apunta la posmodernidad sigue una pauta diferente, busca incorporar nuestro discurso dentro de su antropocidad. Supone, pues, una ruptura en el estructurar de nuestro pensamiento en las ciencias humanas, semejante a la ruptura que supuso el discurso científico de Einstein con relación a las llamadas ciencias exactas. Significa, en una palabra, aceptar la variante que supone incluir el «tiempo» como parte integrante del devenir humano, como elemento constitutivo de la estructura de un nuevo discurso, esta vez antrópico; ello implica también la imposibilidad no sólo de construir una estructura con un centro que trascienda su antropocidad, sino también, y esto es lo significativo, de concebir la existencia de tal estructura. Regresemos de nuevo a la analogía del río. En el discurso antrópico, la nueva estructura posee, por supuesto, un cen-

tro, pero un centro que sólo se concibe en el proceso dinámico de su contextualización y como núcleo de codificación de dicha contextualización, que se localiza, en nuestra analogía, en el mismo fluir del río y que se define, o sea significa, precisamente en cuanto fluir. Pero detengámonos por un momento en este punto; la conciencia de no querer imponer al «otro» la definición que proyecta mi imagen particular: imponer las peculiaridades del agua que acaba de pasar a la que continúa pasando, sigue siendo una proyección del discurso de la modernidad. Tal posición sólo puede ser formulada desde la «orilla», o sea, desde una posición que transciende el dinamismo de toda contextualización, aun cuando se reconozca el derecho del «otro» a su propio discurso. El antropismo, que se descubre a partir del rechazo del esquema de la modernidad en el discurso axiológico y de la deconstrucción posmoderna, supone nuestra contextualización en el «río». Es decir, se define desde su mismo caudal, navegando en su seno y desde allí se reconocerá lo accidental y necesario a la vez, de cualquier punto de la margen; o sea, de nuestro contexto vital con el cual nos comunicamos y reconocemos en el otro. Se muestran de este modo con claridad las tres etapas sobre las que hemos venido reflexionando: a) desde el discurso opresor de la modernidad, el «otro» era juzgado desde mi contextualización y en función a mi contextualización; b) la deconstrucción posmoderna reconoce el derecho del «otro» a su propio discurso, pero como se encuentra ella misma atrapada en la modernidad, se reconoce al «otro», pero no se cuenta con él; c) en el discurso antrópico, el «otro» pasa a ser un punto más en la contextualización de mi discurso y, como tal, esencial en el momento de pronunciarlo. Al mediatizarse, pues, la estructura, unívoca, fija, y por tanto, opresora, de la modernidad, se abre paso a una relación dialógica, única pauta posible en la dinamicidad del discurso antrópico.

II. EL TEXTO EN LA COMUNICACIÓN ANTRÓPICA

Las reflexiones que hemos seguido en las páginas anteriores nos han permitido deslindar el discurso de la modernidad del proceso transitorio deconstruccionista de la posmodernidad, y así iniciar un acercamiento a la ineludible antropocidad del discurso humano. El propósito de esta segunda parte es el de considerar las implicaciones que ello conlleva cuando se aplica a un discurso particular. Las reflexiones que siguen intentan establecer esa primera aproximación al discurso literario.

La estructura comunicativa tradicional implícita en todo signo, que supone un emisor, un mensaje y un receptor, es también válida, con las modificaciones que luego estableceremos, en el discurso antrópico. La aporía que presentaba dicha estructura en el esquema de la modernidad surgía por su aproximación mecanicista; es decir, cuando independiente del objetivo que dio existencia al «signo», se quería primero determinar «científicamente» las leyes que regulaban los tres elementos del proceso y establecer una relación unidimensional e ine-

quívoca de causa-efecto. Este primer paso, sin duda necesario en la dimensión superficial de la comunicación bancaria, es siempre mediatizado y marginal en el discurso antrópico implícito en todo texto literario.

Pero antes de proceder en nuestro desarrollo, quizás convenga aquí retomar los conceptos de «comunicación bancaria» y «comunicación humanística» para establecer con más precisión sus parámetros. En un primer nivel podemos decir que la comunicación bancaria nos refiere al discurso de la modernidad, mientras que la comunicación humanística pertenece al discurso antrópico; es decir, la comunicación humanística como el principio dinámico que significa en su continua contextualización; y la comunicación bancaria como el depósito estático, fijado por un centro que trasciende su propia contextualización o por una estructura fijada en el tiempo, y que por ello mismo trasciende igualmente su propia contextualización: las transformaciones químicas, las leyes físicas, una ecuación matemática, las precisiones geográficas, la atribución legal de un libro a su autor, así como la misma contextualización de todo código, son apenas unos ejemplos que muestran la amplitud de lo que yo denomino, inspirado en terminología de Paulo Freire, comunicación bancaria.

Al interpretar ambos conceptos de este modo, implicamos también cierta medida de legitimidad al discurso de la modernidad. En efecto, si bien el discurso de la modernidad era incapaz de establecer la comunicación humanística o de concebir el referente humano, la dimensión antrópica, de toda comunicación, conseguía, sin embargo, mediante su concentración en las realizaciones humanas que caracterizan el contexto mecánico, estático, depositario, de sus estructuras, establecer un marco para recoger los actos humanos fijados en el tiempo. Me refiero, por supuesto, a aquellos aspectos del discurso que al pronunciarse, al contextualizarse en una estructura concreta, lo hacen en una dimensión que si bien es producto de dicha contextualización, se puede proyectar indiferente a la misma; así, por ejemplo, «Miguel de Cervantes Saavedra» únicamente en cuanto nombre de un escritor, o «*El Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha*» como título de una obra escrita en 1605, o la misma fecha de «1605» en cuanto referencia al año en que se publicó dicha obra. Nótese que no hemos dicho, incluso en estos casos que poseen una referencia denotativa obvia, que puedan trascender a su contextualización, sino simplemente que pueden proyectarse indiferentes a la misma en una comunicación bancaria. Todo intento de comunicación supone siempre una contextualización en estructuras convencionales, lo que a su vez implica una transformación dinámica y, por tanto, un continuamente renovado valor connotativo.

Del mismo modo que la concepción dinámica de Einstein no anula las teorías estáticas de Galileo y Newton, pues únicamente las enmarca, en el sentido de regresar de nuevo el centro a la estructura que rige, o sea, de contextualizarlo en ella. De manera semejante, el discurso antrópico, que fundamenta la comunicación humanística, no anula la necesidad de la comunicación bancaria, únicamente demarca su dominio en el campo de las «instantáneas» de que antes hablábamos; es decir, la comunicación bancaria, con su valor denotativo, nos

permite una primera aproximación a la decodificación de cualquier estructura en el proceso de pronunciar nuestro discurso. Claro está, ello no impide, como decíamos antes, que el dato bancario esté ineludiblemente contextualizado en la estructura donde se originó, sólo que en la comunicación bancaria se usa en su simple dimensión denotativa: tal es el caso, por ejemplo, del libro elemental de gramática que expone las formas del pretérito del verbo *ser*; tal es también la entrada del diccionario enciclopédico que bajo «Cervantes» nos dice: «Escritor español; nació en Alcalá de Henares (Madrid) en 1547, y murió el 23 de abril de 1616; autor de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*».

Hagamos uso de nuevo de un ejemplo: dentro del esquema de la modernidad el sistema copernicano sustituyó al sistema ptolemaico; ambos sistemas establecían su estructura de significado mediante un centro que transcendía su propia contextualización y que, por tanto, se proyectaba con un sentido unívoco en su significar; el dislocamiento del centro del primer sistema al del segundo, sólo supuso una anulación del primero al instalarse el segundo en la «verdad». En el discurso de la modernidad, simplemente la verdad ptolemaica se sustituye por la verdad copérmica; en el discurso de la posmodernidad, entra en crisis el valor paradigmático de ambos sistemas, que se colocan ahora en entredicho, a la vez que se les regresa a su propia contextualización; es decir, se les niega la transcendencia que sin duda no tienen, pero, propio del acercamiento deconstruccionista posmoderno, no se les concede una dimensión afirmativa en la que puedan significar. En el discurso antrópico, ambos sistemas proyectan una comunicación bancaria, correspondiente a un corte en el tiempo, o sea, a «instantáneas» fijadas en estructuras que ahora incluyen la contextualización de su propio centro y que proporcionan base, aun cuando ésta sea bancaria, a una comunicación basada en la antropocidad de todo discurso, tanto en la individualidad del discurso axiológico del ser como en la convencionalidad del discurso axiológico del estar. De ahí que en la comunicación humanística del discurso antrópico se dé cabida a la estructura copérmica al mismo tiempo que se puede instalar nuestro devenir en la estructura ptolemaica: así hablamos, por ejemplo, de que sale el Sol, de que avanza, de que pasa, de que está muy alto, de que se pone, etc., y estructuramos nuestro quehacer cotidiano de acuerdo con su paso «alrededor de la Tierra».

Al reincorporar, contextualizar, todo centro en el seno de la estructura que determina, el pensamiento de la modernidad renuncia igualmente a trascender su propia contextualización y se reconoce en su ineludible conceptualización bancaria; es decir, en su carácter depositario. Su discurso, por lo tanto, deja de ser un fin en sí mismo para convertirse en una herramienta del diálogo: no aporta significado, genera significado. Así entendido, el discurso de la modernidad se constituye en el vínculo del diálogo; es decir, su estructura bancaria proporciona los medios para la comunicación. Regresemos ahora de nuevo a la obra literaria para ejemplificar con ella como se despliega el discurso antrópico.

En primer lugar, cuando hablamos de una obra literaria hacemos comúnmente referencia a un texto escrito. En el nivel más elemental nos referimos

con ello a un discurso bancario: una estructura de signos que representan relaciones convencionales. Se trata de un discurso depositario en el sentido que es depositario el aprender a leer: el proceso mecánico de aceptar una estructura convencional de correspondencias entre signos y sonidos. Es igualmente bancaria la clasificación de una obra como perteneciente a un género literario determinado, o la atribución de dicho texto escrito a su autor legal o la mención del título del mismo, en cuanto dichos datos nos ayudan a su identificación. Recordemos que a este nivel del proceso no estamos estableciendo relaciones de significado; los datos anteriores, por ejemplo, nos sirven para diferenciar una obra entre otras (*Cien años de soledad*), atribuirla a un autor legal (Gabriel García Márquez), y añadir que por la convención aceptada en la composición de su texto, la obra está escrita en español. El verdadero acto de significar vendrá luego, en la comunicación humanística, que se realiza en el lector en cuanto ser humano y que no depende de un grado determinado de asimilación bancaria. Aunque consideraremos al «lector» más adelante, conviene ya constatar desde ahora esta diferencia radical entre la comunicación bancaria del discurso de la modernidad y la comunicación humanística del discurso antrópico que ahora implicamos: la dimensión del significar de una obra literaria depende de los datos bancarios depositados previamente, aunque el acto mismo de significar sea independiente de cualquier discurso bancario. Detengámonos por un momento en esta afirmación.

La concepción bancaria del discurso de la modernidad, preocupada por establecer la «verdad» de dicho discurso, se aproximaba al texto escrito de un modo mecanicista. Se aspiraba a un significar que trascendiera su contextualización; de ahí que se procediera a través de un acumulo de «verdades» parciales que se iban depositando en el texto como piezas de un rompecabezas, que poco a poco irían descubriendo la «verdad del texto». Así era necesario no sólo conocer el código que implica saber el idioma en que la obra está escrita, sino que se requería —siempre en nombre de captar la verdad trascendente— ser depositario igualmente del código literario —poesía, novela, teatro, ensayo—, de la contextualización cultural, social, política, etc. del signo y del significado que se atribuía al signo. Es decir, se requería, antes de poder pronunciar el significado, proceder a una acumulación mecánica de estructuras bancarias, inagotable en su misma problematización, que por ello mismo impedían llegar al acto de significar. La perplejidad de este proceso es la que ejemplifica la duda posmoderna; pues, a la problemática que planteaba la imposibilidad de considerar todos los códigos (procesos de contextualización) de una estructura, se añade ahora la proyección deconstructiva que conlleva la sucesiva contextualización desde estructuras siempre diferentes. La comunicación humanística, por su parte, se realiza independiente de los acumulos bancarios. Consideremos una situación límite con relación al texto escrito: el texto jeroglífico de un monumento egipcio o su reproducción en un museo o en nuestra mente, lleva en sí mismo la posibilidad de significar en la comunicación humanística del discurso antrópico, con independencia de la «verdad» bancaria de su sentido arqueológico.

co o del contenido de dichos signos en cuanto escritura (su posible dimensión estética o de asociaciones históricas o ficticias, son apenas ejemplos conspicuos de dicha comunicación humanística). Por eso señalábamos anteriormente que el acto de significar es independiente del acumulo bancario, aun cuando la dimensión de dicho significar guarde cierta correlación con las estructuras bancarias depositadas.

En efecto, ni el ser humano en su estar siendo ni el texto (a pesar de sus ineludibles y sucesivas contextualizaciones), se presentan fuera de un contexto, es decir, fuera del discurso axiológico del estar que supone esa «instantánea» en el tiempo, en la cual se inicia el proceso dinámico en el que se forja el significado. Convertido así en herramienta, en sedimento, para la comunicación, todo texto se realiza como acumulo de estructuras bancarias que fijan un contexto. Pero regresemos de nuevo a la estructura tradicional implícita en todo texto, que supone un «emisor», un «mensaje» y un «receptor» y detengámonos brevemente en cada uno de estos aspectos.

Antes, sin embargo, conviene problematizar dichos términos para eliminar de ellos la máscara bancaria que proyectan. En la estructura de la modernidad el énfasis recaía en el intento de proyectar el significado como exterioridad, como un proceso mecánico cosificado en un «emisor-mensaje-receptor». O sea, se equiparaba el acto de comunicación con el de causa-efecto de las producciones humanas. De ahí que se hablara de un A) «emisor» en el sentido de una máquina que codifica un sistema de signos (como lo hace por ejemplo la computadora en nuestro mundo); B) de un «receptor» en el sentido igualmente de la máquina al otro extremo que recibe la información y reproduce (decodifica) de nuevo exactamente el mensaje emitido; C) y por último, de la idea de un «mensaje», es decir, de una decodificación unívoca que hace coincidir al «emisor» en el «receptor». Sin duda este es el esquema bancario que podemos observar en la «comunicación» entre las producciones humanas (el teléfono, la televisión, las computadoras, son buenos ejemplos de dicha precisión), pero esta transmisión de información (o comunicación en un sentido metafórico), lo es sólo en el plano lineal de la comunicación bancaria que fija un proceso siempre repetitivo y reproducible. La comunicación humanística se efectúa en un discurso antrópico que reconoce al ser humano como un estar siendo y por lo tanto inmerso en su propia contextualización, cuyas características, como veremos más adelante, difieren marcadamente de las transmisiones mecánicas que tienen lugar entre las producciones, también mecánicas, del ser humano: se trata de una comunicación en la cual la asimilación del llamado «mensaje» es independiente a su contextualización (indiferente a los diversos procesos de codificación que lo originaron), aun cuando, como señalamos anteriormente, la dimensión de la comunicación dependa de su nivel de contextualización en el lector. La superación, pues, del contexto implícito en los términos de «emisor, mensaje y receptor», me parece fundamental para comprender la dimensión dinámica, dialógica, de toda comunicación. Por ello, en el desarrollo que sigue hago uso de términos más difíciles de capturar, de encerrar, en un discurso bancario,

y que ejemplifican en sí la dimensión dialógica que ahora implicamos. Así hablaremos de un «autor», de un «lector» y de un «texto», es decir, de significantes que proyectan la antropocidad del discurso axiológico del ser, al mismo tiempo que trascienden la dimensión mecanicista al aparecer sin significado externamente fijado, más allá de la convención bancaria que los hace posible.

A) *El autor implícito*

Todo texto se origina en un autor implícito (no importa para nuestros propósitos si es individual o colectivo) y, en casos límites, con un propósito preestablecido de transmitir información bancaria o de estimular, inducir, una comunicación humanística. En el primero de los casos el objetivo es depositario: se pretende establecer el esquema de una estructura fijada en el tiempo y en el espacio y proyectada como indiferente o independiente de su pronunciamiento, es decir, de su mismo proceso de contextualización. Tal es el propósito de comunicación bancaria de un libro de geografía física, y tal es el sentido de informar, por ejemplo, que el río Ebro está en España y que pasa por Zaragoza; en esta dimensión, y en cuanto comunicación bancaria, se desea únicamente proporcionar información depositaria, que no requiere reflexión y que en sí no significa, fuera de su estructura, hasta que dicha información sea usada para contextualizar un acto de comunicación en un discurso antrópico. O sea, la dimensión bancaria establece los distintos procesos de codificación (idioma español, río, Ebro, España, Zaragoza, etc.), que facilitarán luego el discurso antrópico. Nótese que nos referimos al hecho de «facilitar», pues la inserción del discurso axiológico del ser (siempre discurso antrópico) en el discurso axiológico del estar (dimensión bancaria que permite la decodificación), se realiza en el lector, como luego veremos con más detalle, en una gama de matices que van desde la comunicación con el otro y en función del otro, a la actualización íntima en el peculiar discurso axiológico del ser de un individuo y en un acto de significar independiente e indiferente de los distintos niveles de codificación.

En el otro extremo encontramos el acto de pura comunicación humanística, que ni siquiera pretende significar en el sentido de contextualizar una estructura bancaria en el devenir humano: un poema lírico, por ejemplo. Tal sería la expresión de una emoción en la intimidad del devenir de su autor, que se exterioriza ya como irrepetible (incluso en la manifestación externa, y en cierto modo mecánica, de su contextualización en un discurso axiológico del estar, es decir, en un sistema convencional de códigos). Pero, aun en estas situaciones límite, puede al mismo tiempo conservar cierta carga emotiva, cualquiera que sea su dimensión en la apropiación antrópica, al reproducirse en el lector, igualmente como intimidad irrepetible. En esta situación límite, repetimos, la única relación entre el autor implícito y el lector, que sólo se da en el sentido dinámico del devenir de ambos, es la de haber vivido una emoción. En esta comuni-

cación humanística el índice o grado de la emoción es inconsecuente, pues sólo es comunicación en cuanto lo es en cada uno de ellos y en la medida en que lo es en su intimidad. Este nivel de comunicación no es representable en la exterioridad de ningún sistema bancario. Las codificaciones bancarias (por ejemplo, el idioma en que está escrito o los distintos niveles metafóricos), aportan, es verdad, un basamento mínimo que hace posible la comunicación.

Lo normal, sin embargo, de toda comunicación es la expresión de una interrelación de matices. Con esto queremos significar que la comunicación se efectúa a través de nuestra contextualización en el mundo, es decir, en diálogo con las estructuras bancarias que forman el discurso «axiológico del estar», que son, por supuesto, las que posibilitan y a la vez proyectan nuestro propio discurso «axiológico del ser» y hacen posible la comunicación, incluso en la individualidad de la dimensión antrópica. La concreción de este proceso es compleja con relación al autor implícito. Bástenos aquí establecer cuatro jalones que parcelen y al mismo tiempo proyecten la cadena de matices que, por otra parte, no pretendemos ni es necesario problematizar en el desarrollo esquemático que aquí formulamos.

1. Consideremos en primer lugar el autor de un texto escrito con el propósito expreso de producir, o reproducir, una estructura bancaria destinada a una comunicación igualmente bancaria: aquellas obras, en las ciencias denominadas exactas, que comúnmente concebimos como didácticas. El objetivo final del autor es siempre depositario; la actualización de dicho texto, sin embargo, puede acarrear también consigo una intención dialógica. Y en efecto, en nuestra actualidad consideramos como mejores textos didácticos aquéllos que así lo hacen. Concretemos esta posición en el caso preciso de un libro de texto de matemáticas que, como tal, proyecta una estructura bancaria basada en un código convencional, pero que lo hace a través de un proceso de reflexión, en cuanto que emprende también la exposición del funcionar íntimo de la estructura bancaria, o sea, del sistema de códigos convencionales que lo posibilita. Se traza en estos casos un discurso bancario ($10 + 5 = 15$), pero se quiere evitar que la comunicación sea únicamente depositaria (memorizar la estructura); y se aspira, por ello, a que la racionalización de dicho proceso sea también parte del lector; se exige su participación activa (dentro de la expresa comunicación bancaria), para que se apropie del centro que fundamenta la estructura, o sea, de las leyes convencionales que la rigen. En este nivel de comunicación la dimensión bancaria es explícita; tanto el centro como la estructura misma se presentan inmersas en su contextualización; pero una vez formulado el sistema (siempre mantenido explícitamente en la contextualización que impone su código convencional), se le hace trascender su propia contextualización, al fijarse, afincarse, ésta, precisamente, en su dimensión de «convencional». Lo convencional, por serlo y por reconocerse como tal, trasciende siempre la contextualización de su origen, en cuanto puede significar independientemente.

2. Cuando nos trasladamos del campo de las denominadas «ciencias exactas» al de las ciencias sociales, políticas, económicas, etc. que con mayor preci-

sión vamos a designar con el término de «ciencias antropológicas», introducimos también una variante en la esquematización que nos proponemos. Ambos discursos, cuando se realizan en un tratado, por ejemplo, implican estructuras bancarias. Pero mientras el discurso de las ciencias exactas se reconoce como tal, en el sentido de articularse en una serie de relaciones convencionales (de variantes reconocidas como tales y que fundamentan su estructura), el discurso de las ciencias antropológicas implícito en los tratados pretende comúnmente pronunciar la «verdad», al presentarse como articulado por un centro que transciende su propia contextualización. En otras palabras, los dos discursos anhelan situar una «verdad», pero mientras en las ciencias exactas se hace como parte —y resultado a la vez— de una explícita contextualización, las ciencias antropológicas se han articulado tradicionalmente como si dicha contextualización no existiera o no afectara a su verdad. Tal es el caso de los esquemas de Suárez, Kant, Bello, Marx, Unamuno, Heidegger, los de Spencer o de Lévi-Strauss, los de Gustavo Gutiérrez, Jefferson o Raúl Prebisch. Es decir, en todos ellos se pretende trascender su realidad bancaria (ser parte de una estructura convencional contextualizada en un espacio y en un tiempo concretos), con la intención de pronunciar, definir, fijar, al ser humano en un plano estático. En estos casos el autor sigue un proceso en cierto modo inverso al anotado en el punto anterior. En efecto, se evita considerar el esquema desde la necesaria e inevitable contextualización de su «centro» en un discurso axiológico del estar concreto. Se omiten las relaciones convencionales que posibilitan su estructura y, ante todo, se encubre su insoslayable realidad bancaria. Tal es el esquema que caracteriza al pensamiento de la modernidad. De ahí también el constante reemplazar de una «verdad» por otra. Las «ciencias exactas», al reconocer su existencia en el seno de una comunicación bancaria, siguen un proceso de acumulación de estructuras en formulaciones cada vez más complejas, que muestran una pauta, un avance, en el sentido de una constante perfección de los códigos que posibilitan la contextualización del esquema bancario que se proponen. Las «ciencias antropológicas», por el contrario, cuando se empeñan en negar su realidad bancaria, semejan espectros, quimeras, que en su constante reemplazarse unas por otras parecen marginales al devenir humano y, en definitiva, incapaces de construir la totalidad de su esquema bancario sobre la base de las estructuras ya propuestas. Por supuesto, cuando hacemos uso, en el contexto del pensamiento de la modernidad expresado en este apartado, de expresiones como «evita considerar», «encubre» o «niega» su realidad bancaria, no implicamos intención de fraude. Lo que el autor hace es proyectar su discurso fuera de la estructura que lo posibilita: proyección logocentrista. Toda articulación, todo intento de pronunciarse, supone siempre una contextualización, y como tal un primer nivel de diálogo: el diálogo del autor consigo mismo. Se trata también de una exteriorización, de una apropiación, de un discurso axiológico del estar (de un sistema de códigos), a través del cual se formula un preciso discurso axiológico del ser; pero que, como tal, sólo puede ser concebido en la dimensión bancaria de su propia contextualización. En el discurso de la modernidad, el autor convierte su propio discurso antrópico (sólo articulable, repeti-

mos, en su contextualización en las estructuras convencionales de un discurso axiológico del estar concreto), en un acto de significar trascendente, y por lo tanto independiente de su propia contextualización. Es decir, se desconoce, o mejor dicho, no se toma conciencia del origen bancario, del hecho de depender de una estructura fundamentada en un código convencional, y con ello se niega la posibilidad de perfección de dicha estructura.

3. Una variante de la situación anterior, que sirve para problematizar la complejidad de lo que aquí expresamos en un plano esquemático, es la del autor que se propone codificar a través del texto un pensamiento ideológico. En el caso del «tratado», con que ejemplificamos la variante anterior, la estructura que se presenta es totalizadora; refleja, como dijimos, el discurso de la modernidad, que se concibe en la posibilidad de un significar que trasciende su propia contextualización y que por tanto pronuncia «la verdad». El caso particular de las ideologías, desde esta perspectiva, se pueden interpretar como el disfraz de comunicación humanística, dialógica, con que se encubre una estructura bancaria. Cuando la toma de conciencia de la ineludible contextualización de un discurso se usa para manipular el proceso de codificación, nos encontramos ante un discurso ideológico. El autor de un texto ideológico no pretende superar la comunicación bancaria, aun cuando sea consciente de su limitación como vehículo de significado, únicamente procura manipular los códigos que rigen las diversas contextualizaciones de una estructura para proyectar igualmente «su verdad», con la que pretende también, por supuesto, trascender su propia contextualización. En otras palabras, el autor se propone a través de su texto una manipulación del lector. Desde el discurso de la modernidad, un autor proyecta su logocentrismo a través de una estructura que trasciende su contextualización; el autor posmoderno reconoce la ineludible contextualización de todo discurso y por ello deconstruye las estructuras de significado con que la modernidad pretendía pronunciarse, a la vez que se siente incapaz de significar fuera de su propia contextualización; el autor ideológico parte de la ineludible contextualización de todo discurso, pero procede selectivamente a una práctica deconstructiva que le lleve a pronunciar una «verdad» que, por lo mismo, proyecta igualmente como trascendente.

4. Las tres calas anteriores forman también parte de lo que hemos venido denominando discurso de la modernidad, y cuyas estructuras se superan cuando se toma conciencia de que su «verdad» lo es únicamente en la mediación que supone el contexto convencional que las posibilita. En esta cuarta cala hacemos referencia al autor que reflexiona sobre el discurso axiológico del estar, en un proceso problematizador. Se trata ahora de un discurso antrópico. La comunicación que se pretende es humanística, aun cuando ésta se consiga a través de los esquemas bancarios del contexto que se problematiza. El autor posmoderno, como hemos señalado ya repetidas veces, duda de las estructuras de la modernidad; se embarca, desde siempre renovadas estructuras bancarias, en un proceso indefinido de deconstrucción de las pretensiones de verdad de la modernidad; y lo consigue a través de un procedimiento sistemático de reinte-

gar las «verdades» de la modernidad al espacio de contextualización que en un principio las originó. En el caso concreto de lo que actualmente denominamos «discurso antrópico», la superación de las estructuras de la modernidad se efectúa por medio de su problematización. Es decir, poniendo en entredicho su pretensión de significar la «verdad» a través de una exteriorización de los esquemas convencionales que fundamentan toda estructura concebida en términos de la modernidad: una estructura centrada (un centro de significación producto de una contextualización) en el tiempo y en el espacio. En este nivel del discurso, el autor pretende una comunicación humanística en el sentido de un significar (es decir, un contextualizarse) en el proceso dinámico del estar siendo del lector. Las referencias a las estructuras bancarias se manifiestan en dos dimensiones complementarias: la primera en el sentido de un proceso deconstructivo y problematizador a la vez, de toda estructura que no se reconozca en su dimensión bancaria; la segunda en la dimensión de un proceso dialógico, en el cual las estructuras bancarias, reconocidas como tales, proporcionan el vínculo de diálogo del autor con su entorno y el medio para contextualizar su comunicación con el mundo, con el lector implícito. En las realizaciones humanas, este es el nivel por excelencia de la comunicación artística.

B) *El texto*

El signo, base de la estructura bancaria que posibilita el discurso de la modernidad, al entrar en crisis, es también la fuente de su problematización. En este sentido, el texto escrito, medio predilecto de la expresión literaria, ejemplifica perfectamente las tres etapas generales que caracterizan su paso del discurso de la modernidad a un discurso antrópico. En una primera etapa, el texto era la codificación unívoca del mensaje que el autor transmitía al lector. La función de éste era la de descifrar su contenido, también unívoco. Tal es el esquema mecanicista de causa-efecto del proceso repetitivo que caracteriza en casos extremos la comunicación bancaria: el acto mecánico de leer en voz alta una palabra que reproduce el mismo sonido una y otra vez. Cuando esta relación, válida en el nivel primario, mecánico, de las convenciones que sostienen una estructura dada (en el ejemplo anterior las reglas de pronunciación y combinación de los signos que se agrupan para constituir el nivel representativo de un idioma), se traslada al plano conceptual con la misma pretensión de significación bancaria, se da lugar a lo que hemos venido llamando aquí discurso de la modernidad.

La segunda etapa coincide con la entrada en crisis del discurso de la modernidad. Se empieza en ella estableciendo una distinción entre los dos esquemas mencionados anteriormente. El primero, que no pretendía significar fuera de una establecida convencionalidad que se hacía expresa al mostrar de modo explícito las reglas que gobiernan su estructura, se acepta sin problematización como lo que es: un discurso bancario que posibilita el diálogo (por ejemplo, las

reglas ortográficas de un idioma concreto). El segundo esquema, sin embargo, que pretendía acarrear significado (expresión unívoca de un sentido), sin reconocer previamente su ineludible localización en un espacio y un tiempo (su contextualización), entra en seguida en crisis. La perplejidad, naturalmente, no proviene sólo por desconocer la naturaleza bancaria del texto en cuanto signo, sino principalmente por querer proyectar a través de él un contenido igualmente mecánico, en cuanto poseedor de un sentido unívoco y por lo tanto repetitivo. La perplejidad se origina especialmente ante lo que se percibe como incapacidad del texto para reproducir al autor en el lector. Es decir, por no aceptar, como punto de partida, el origen dinámico de la contextualización de todo texto tanto en el devenir de su autor como en el de sus posibles lectores.

La tercera etapa, siempre presente en una lectura que sea consciente de la antropocidad del discurso humano, y que apenas comienza ahora a ser formulada, es aquella que reconoce la estructura bancaria de todo medio de comunicación, pero que desglosa el acto de comunicación del medio bancario que la proyecta. Consideremos esta afirmación. El autor, como ser humano, no es en ningún momento un algo hecho; su naturaleza es dinámica, es un estar siendo. Todo acto de comunicación será, entonces, un proceso doble: en el primero, el autor fija un momento de su devenir en un sistema bancario en el que trata de contextualizarse externamente, es decir, fijar en un tiempo y espacio concretos un corte en su devenir; la segunda parte del proceso requiere del lector que asume de nuevo en el sentido dinámico de su propio devenir, esa comunicación previamente contextualizada en un espacio y un tiempo concretos. Como veremos luego, el nivel de contextualización bancaria del texto es secundario en el acto de comunicación humanística, pues la comunicación no depende tanto del signo como del lugar que va a ocupar en el devenir del lector. Aquí podemos usar de nuevo el ejemplo de un jeroglífico y los matices que se pueden establecer en cuanto a la contextualización bancaria que pueda hacer un arqueólogo que descifre el proceso de codificación de sus signos y aquella otra persona que observa el texto en la vidriera de un museo. Consideremos dos casos extremos: a) el de un arqueólogo que es capaz de descifrar a través de los códigos implícitos o explícitos en el jeroglífico, el funcionar del discurso axiológico del estar que sirvió de base a la contextualización original del texto; b) supongamos en el otro extremo el caso de una persona que visita el museo y observa el jeroglífico en una vidriera, pero que no toma conciencia de su precisa codificación y se comunica con él como si fuera una pintura abstracta de otra época. En ambos casos el índice de lo que se asume será distinto y dependerá, ciertamente, de las diferentes estructuras bancarias que se tomen en consideración, pero el acto mismo de comunicación, al nivel del discurso antrópico en que se produce en el devenir del «lector», es en este sentido independiente de procesos fijos de contextualización.

Establecida de este modo la independencia inherente entre los tres polos de la comunicación (autor-texto-lector), se hace posible superar el constreñimiento que nos imponía el discurso de la modernidad. El texto implica ahora

comunicación en una multiplicidad de dimensiones, pues sólo en el ejercicio hermenéutico podemos hablar de multiplicidad de niveles. Detengámonos por un momento en esta distinción: a) multiplicidad de niveles y b) multiplicidad de dimensiones.

A) En el discurso de la modernidad, el texto se desplegaba en cuanto mensaje, es decir, como portador del autor en el lector; la profundidad en los niveles de comprensión determinaba por ello mismo un nivel de comunicación. Es precisamente esta relación la que da lugar a la crisis de la modernidad. En efecto, al mediatizar el signo, o sea, al distanciar el signo del mensaje, se problematiza la misma posibilidad de la representación totalizadora de éste y por lo tanto la posibilidad de comunicar con integridad el propósito del autor. Y como en el discurso de la modernidad la posibilidad de comunicación se hace depender de la posibilidad de capturar (en un sentido unívoco y totalizador) el mensaje que acarrea el texto, la problematización de dicha posibilidad, problematiza igualmente la posibilidad de toda comunicación.

B) La superación del discurso de la modernidad (la toma de conciencia de la antropocidad del discurso axiológico), conlleva precisamente la recuperación de dichos polos de comunicación, al restituir al autor y al lector la dimensión dinámica, humana, que la expresión bancaria había cosificado en el tiempo y en el espacio que fijaba el texto mismo, aun cuando se pretendiera trascender a ambos. Es decir, en el discurso antrópico, el texto se reconoce como contextualización dinámica, temporal y espacial, de un acto de comunicación. Por supuesto, como exteriorización se realiza en una estructura bancaria codificada ahora en un sistema de convenciones cuya decodificación constituirá el objetivo de una nueva hermenéutica. Pero el autor bancario del texto (como en el caso límite del jeroglífico) no importa como tal; importa, eso sí, el autor implícito, que a la vez incluye y supera, proyecta, al bancario en el texto y en el lector, como origen de la codificación y como «el otro» de toda comunicación humanística. Por ello, mientras el texto se despliega en una multiplicidad de «niveles» según se problematizan las distintas estructuras bancarias implícitas en él, la comunicación misma, que supone de nuevo integrar una estructura bancaria (estática), en el proceso dinámico del devenir humano, se realiza independiente de tales niveles, aun cuando se haga en «dimensiones» contextualizadas en dichos niveles. El ejemplo que venimos citando de un texto jeroglífico puede servirnos de nuevo en una concreción de lo aquí expresado. Como signo, el jeroglífico es una contextualización bancaria, o sea, en un espacio y un tiempo concretos y que responde a estructuras fundamentadas en convenciones. Como signo, por lo tanto, puede ser problematizado en un proceso que profundiza en las distintas estructuras bancarias que implica: la estructura de sus rasgos gráficos que permite al arqueólogo «leer» el jeroglífico, la estructura, entre otras muchas, de su contexto histórico en cuanto social, político, religioso, económico. Es decir, en cuanto signo, implica la posibilidad de una profundización en diversos niveles de significación bancaria, quizás en cadena sin fin como diría Derrida, pero que resultan secundarios en el momento de la comunicación,

que, como señalamos, consiste en introducir una o varias estructuras bancarias en el devenir del posible lector: la persona que observa el texto jeroglífico en la vidriera de un museo y que se comunica con él quizás en el sentido de una pintura o en el contexto de una película.

La hermenéutica que proponemos no pretende, por lo tanto, alcanzar, atribuir al texto un significado unívoco en el lector y con ello se supera la aporía del discurso de la modernidad. Lo que se busca es problematizar el signo, reintegrarlo a las sucesivas contextualizaciones a través de las cuales se ha preservado, para así ir desglosando las distintas estructuras bancarias implícitas en él. En este sentido, aun cuando podemos partir del reconocimiento de que todo texto encubre una complejidad de contextos, el hecho de que no todos fueran concebidos con el mismo objetivo, posibilita igualmente establecer a priori ciertas categorías que nos van a guiar en la esquematización de tal hermenéutica. En cualquier caso, obsérvese que hablamos de «problematizar el signo» y no de «deconstruir el signo»; problematizar, como quedó ya señalado, es un proceso afirmativo; implica buscar significado en la contextualización; «deconstruir» representa en el discurso de la posmodernidad descubrir máscaras de significado; es decir, posponer el momento de pronunciarse a través de un diferenciar y así diferir el acto «final» de significar.

En un primer nivel, en el más elemental, el texto se presenta explícitamente como portador de una estructura bancaria que busca únicamente un significar depositario. Tal será el caso, por ejemplo, de un libro de geografía física que describa las particularidades del continente americano. Cuando se anota la extensión territorial de Bolivia o se enuncian los nombres de sus montañas o ríos, se hace bajo una estructura convencional, la del libro de geografía física, sin pretender significar más allá de los límites de dicha estructura. Es decir, con ella no se intenta una comunicación humanística, del mismo modo que las reglas ortográficas que fijan la convención de la expresión escrita de un idioma, tampoco significan primordialmente fuera del nivel de su propia estructura. Decimos «primordialmente» para deslindar, incluso en este primer nivel, el objetivo de la estructura expresada, del de cualquier otro que se proponga la investigación de las causas que motivaron dicha estructura: Cuando escribimos un texto o lo leemos, las razones por las cuales, por ejemplo, el término «humano» se escriba con «h» y que esta «h» en español no se pronuncie, son por lo general inconsecuentes, aun cuando en el nivel lingüístico, dichas consideraciones puedan dar lugar a un tipo de estructura diferente. En el anterior libro de geografía física el lector busca y reconoce el dato bancario como objeto del texto. Como en estos casos el propósito no es la comunicación antrópica, sino el de fijar el código bancario de una estructura desde unas bases convencionales que luego hagan posible tal comunicación, todo lo que se requiere para establecer dicha estructura en el sentido unívoco de su propio código, es su exteriorización (indicar, por ejemplo, que la altura de la montaña se mide en metros o en pies o incluso, como se hacía en textos antiguos, por el tiempo que se tarda en llegar a su cumbre caminando).

En un segundo nivel, el texto, a través de ciertas estructuras bancarias, se proyecta con el propósito explícito de establecer una comunicación, o sea de significar en el lector. Nos referimos aquí a aquellos textos que por medio de estructuras bancarias simples (las expresadas anteriormente), tratan de dar sentido a la complejidad de las contextualizaciones del devenir humano. En estos casos, en los que el texto mismo explicita las estructuras bancarias en las que fundamenta su propia contextualización, la hermenéutica se dirige preferentemente a la problematización de las relaciones que se establecen entre dichas estructuras bancarias mientras ellas mismas son presentadas y aceptadas como convenciones necesarias. Así, por ejemplo, un libro teórico sobre poesía que establezca las estructuras de las características que se repiten con más frecuencia en el proceso de versificación. En esta situación, las estructuras bancarias que se van a relacionar son concretas: hablamos de rima consonante o asonante, de versos de arte mayor o arte menor, de estrofas, de tercetos, de sonetos, etc., o sea, de las estructuras convencionales que anotábamos en el primer nivel y que significan sólo en sí mismas. Por ello indicamos que la problematización en este nivel se ocupa de las relaciones, es decir, del modo como se contextualizan dichas estructuras en el proceso de definir lo que es un poema.

El tercer nivel, siempre dentro de la esquematización con que simplificamos la riqueza de matices de cualquier discurso, se refiere a aquel texto que en su contextualización de un intento de comunicación omite la referencia expresa al código, a las estructuras bancarias que lo posibilitan. El proceso hermenéutico implica ahora una doble dimensión que corresponde a los dos niveles antes desarrollados. La primera etapa es deconstructiva, o sea, se problematiza el texto para que nos vaya descubriendo los diversos niveles de estructura que encubre. El proceso, si es sistemático, se aproxima desde las estructuras bancarias más simples, es decir, aquellas que significan únicamente en sí mismas (p. e., que los signos se agrupan según el código del español mexicano o que se trata de un soneto). El establecer estos fundamentos bancarios es necesario para que, desde su comienzo, el proceso hermenéutico no pretenda constituirse él mismo en fuente de significación, fuera de la que va ya implícita en todo intento de establecer la contextualización de las estructuras bancarias. Es necesario mantener presente ante el signo que éste sólo implica una contextualización en el espacio y en el tiempo de un autor implícito en su devenir y en comunicación con su propio contexto. Es decir, la hermenéutica, en el discurso antrópico, se ocupa únicamente de explicitar y desglosar las distintas estructuras bancarias, de mostrar los códigos que las gobiernan, de problematizar su carácter convencional y, en fin, de establecer los posibles grados de contextualización presentes en la complejidad de todo texto. Se supera de este modo la pretensión hermenéutica del discurso de la modernidad que ambicionaba captar el «significado» del texto (su sentido trascendente) en su totalidad. Desde el discurso antrópico, la hermenéutica se fija como objetivo el descubrir contextualizaciones que se originan y transforman en proyección dinámica, pues el acto

de significar, de comunicación, de diálogo, como luego veremos, se dará de nuevo en la dimensión dinámica del devenir del lector.

C) *El lector*

En el discurso de la modernidad se llega a equiparar al hombre con sus realizaciones, de ahí que se establezca la correspondencia «emisor-mensaje-receptor» como base de toda comunicación. En realidad se opera como si el proceso de codificación/decodificación pudiera ser algo mecánico, capaz de ser repetido en su integridad una y otra vez. Hablamos de «comunicación» y nos referimos al teléfono, a la televisión, a la computadora, y trasladamos este mismo sentido a la comunicación que se efectúa entre dos seres humanos. Así, a fuerza de interpretar como «comunicación» la exacta decodificación del «mensaje» (la imagen que se reproduce en el aparato de televisión) que el emisor (la estación de televisión) ha codificado, cosificamos también al ser humano. El éxito alcanzado en el nivel mecánico de reproducir con precisión el mensaje emitido en el receptor, acarrea un sentimiento de estar en control que se traslada, en el discurso de la modernidad, a las relaciones humanas en busca de capturar igualmente nuestro devenir exteriorizándolo, es decir, ignorando nuestra esencialidad dinámica.

Intentamos superar este anquilosamiento comenzando, al nivel simbólico, con la problematización de los términos «emisor-mensaje-receptor» para devolverles, en un discurso antrópico, y especialmente en nuestro contexto literario, la dimensión humana que implicamos en los términos de «autor-signo-lector». En cualquier caso, como señalábamos anteriormente, todo acto de comunicación se conceptúa a través de una contextualización que sólo puede exteriorizarse en estructuras bancarias. La comunicación, por supuesto, se efectúa al reintegrar de nuevo dicha contextualización en la dimensión dinámica del devenir del lector. Es decir, las estructuras bancarias siguen siendo el medio que posibilita la comunicación. La superación del discurso de la modernidad, ahora desde la perspectiva del lector, se alcanza cuando la dimensión depositaria de la estructura bancaria no se presenta como fin sino como medio de comunicación con el otro.

La superación del discurso de la modernidad implica igualmente disolver la estructura de rígida conexión entre el «emisor-mensaje-receptor». En el mundo de las realizaciones humanas tal conexión es necesaria: la emisora y el aparato de radio precisan de exacta coordinación en la emisión y recepción de las mismas ondas. En la comunicación humana, tanto el autor como el lector gozan de absoluta independencia. Por ello señalábamos anteriormente que las diversas estructuras bancarias de cualquier contextualización son en realidad secundarias en el momento de la comunicación; es decir, la comunicación se efectúa, como dijimos, a través de dichas estructuras, pero la priorización de éstas, así como

el índice de su dimensión no se puede cuantificar, pues lo llega a ser únicamente en el devenir del lector. Hagamos uso de una situación límite para ejemplificar este proceso: dentro de las estructuras bancarias más estables, en el sentido de que sus relaciones convencionales son aceptadas como totalidades depositarias necesarias para comprender el contexto de nuestro entorno, se encuentran aquellas estructuras que refieren al mundo físico (así, por ejemplo, la temperatura de solidificación o vaporización del agua que sirve como punto de partida para la construcción de nuevas estructuras). Pues bien, incluso estas estructuras bancarias que en sí no pretenden aportar significado, pueden ser recibidas por el «lector» en dimensión humanística. Tal sería el caso del discurso científico de Einstein al problematizar y trasladar a una nueva dimensión el discurso también científico de Galileo y de Newton.

Al destruir la correspondencia rígida que caracteriza al discurso de la modernidad, destruimos también la posibilidad de establecer necesarias correspondencias entre el autor, el signo y el lector. Pues incluso en el caso extremo de un autor que se comunique en dimensión bancaria (pretender que su devenir corresponda con el devenir de los demás), y que consiga expresarse igualmente en un discurso que oculte las estructuras bancarias que lo contextualizan, incluso en esta situación límite, el lector puede hacer de ese discurso un discurso humanístico al ver en él únicamente una dimensión de su contextualización, o sea, de su comunicación con el mundo.

Expresada la relación «autor-texto-lector» de este modo, el objetivo de la hermenéutica será la decodificación del texto como un fin en sí mismo. Su realización será independiente de la «intención» del autor y no pretenderá entregar al «lector» una significación particular. El signo, en sí, siempre supera en sus probables y renovadas estructuras bancarias, el posible sentido de su contextualización original en el devenir (dimensión dinámica) del ser humano que lo hizo posible. Y el signo se proyectará igualmente en el lector, independiente de los niveles de decodificación, en una dimensión que no reside en el signo como tal, sino en la interioridad de su devenir individual, donde se contextualiza al ser asumido. Colocar el texto en el centro del proceso hermenéutico no significa, sin embargo, proclamar su independencia del autor implícito o del lector, y no significa tampoco convertir la hermenéutica en una experiencia lúdica.

1. El autor importa como un punto de confluencia en la contextualización. Pero su comunicación, que es un proceso dinámico, cae fuera del dominio de la hermenéutica, la cual se ocupa únicamente del texto que nos lega, como contextualización de dicho proceso en el espacio y en el tiempo. Por supuesto, el texto se inicia en el autor, representa como éste se comunica con el mundo, y en este sentido se encuentra siempre inserto tanto en las estructuras bancarias de sus otras producciones como también en su propia continua contextualización en el espacio y en el tiempo. Una vez reconocida esta ineludible conexión, conviene de nuevo acentuar que toda comunicación es un acto de contextualización a través de estructuras bancarias; es decir, de estructuras convencionales que no significan fuera de sí mismas.

2. El lector importa en dos niveles independientes aun cuando relacionados entre sí, pues en ellos la hermenéutica trasciende sus objetivos al explicitar posibles dimensiones de la comunicación. En un primer nivel, el lector en su comunicación con el mundo, en su devenir, se contextualiza y contextualiza a la vez las estructuras bancarias recibidas. En este sentido, cuando un lector contextualiza un texto, su recepción del mismo supone ya una nueva estructura bancaria que de algún modo se añade al texto original (así, por ejemplo, la figura del Don Juan a través de Tirso, Zorrilla, Valle Inclán, Marañón). El Quijote, como personaje, se encuentra ineludiblemente inserto en la tradición cultural de Occidente en una complejidad de estructuras bancarias que con mucho superan la contextualización originaria de Cervantes. El segundo nivel se encuentra, precisamente, en este mismo proceso de contextualización —tanto del autor implícito como del lector a través del texto en la creación de nuevos textos— que posibilita las convenciones de las estructuras bancarias y que a la vez modifica continuamente, a veces de modo imperceptible, pero en ocasiones de modo radical. Y es aquí donde la hermenéutica, en el discurso antrópico, trasciende su objetivo, pues su labor problematizadora, a veces deconstructiva, en el sentido de ir exponiendo las diferentes estructuras bancarias implícitas o explícitas en el texto, abre también nuevas dimensiones de comunicación en los posibles lectores.

JOSÉ LUIS GÓMEZ-MARTÍNEZ